

La cara de Perón: emociones y polarización política en Argentina

Sandra Gayol

UNGS-CONICET

351

EN 1959 Jorge Luis Borges ironizó: «Qué miedo si de pronto apareciera la cara de Perón, enorme y sonriente»¹. La condición de horizonte absoluto y de persistencia siniestra del peronismo no dejaba lugar sin mancillar pues se metía en los resquicios más insospechados y lo hacía a modo de un fantasma con esa cara sonriente y temible, dirá, que tenía Perón y que persistía más allá de su expulsión del gobierno y su forzado exilio². La importancia del rostro y del cuerpo para el ejercicio del poder es de antigua data, aunque su relevancia y sus sentidos se incrementaron con la política moderna cuando las expresiones faciales fueron habitualmente entrelazadas con valores morales, cualidades emocionales y con el carisma necesarios para la construcción del liderazgo y legitimidad política.

Las transformaciones en los espacios y formas de comunicación de la mano de las nuevas tecnologías y al unísono de la ampliación del sufragio en el siglo xx, permitieron la proliferación de imágenes con el rostro de los dirigentes amplificadas y diversificadas en periódicos, revistas, carteles y afiches muy visibles en las movilizaciones callejeras. Las tecnologías de ampliación y grabación sonora (radio, fonógrafo, megáfono) estimularon la asociación

¹ BIOY CASARES, Adolfo (2006), *Borges*, Buenos Aires, Destino, p. 517; KOHAN, Martin (2015), «La cara de Perón», en Carina GONZÁLEZ (comp.), *Peronismo y representación. Escritura, imágenes y políticas del pueblo*, Buenos Aires, Final Abierto, pp. 25-31.

² Juan Perón fue elegido presidente en 1945 y reelecto en 1951. Fue derrocado por un golpe cívico-militar el 6 de septiembre de 1955. El peronismo como movimiento político fue proscripido hasta 1973, Perón se exilió en diferentes países y recién pudo retornar a la Argentina en 1973. Al poco tiempo fue elegido presidente y falleció al año siguiente.

POUR CITER CET ARTICLE / PARA CITAR ESTE ARTÍCULO / TO QUOTE THIS ARTICLE

Sandra GAYOL, « La cara de Perón: emociones y polarización política en Argentina », *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série*, 54 (1), 2024, pp. 351-358.

de una cara con una voz que mediante sus tonos, tempo, foco e inflexiones específicos facilitó el vínculo de los dirigentes políticos con la población y que, en el caso del peronismo, fue clave para forjar una comunidad política y emocional³. A diferencia de la sonrisa escasa y acotada de Vargas, de los esfuerzos de los propagandistas de Stalin o del permanente ceño adusto de Hitler; la extraversión y la cómoda relación de Perón con la cámara, sostiene Gené, no parecía ofrecer dificultades a los *fabricantes de carisma*⁴.

352 En la prolífica iconografía peronista es difícil encontrar una imagen de Perón y de Eva en donde ambos no aparezcan con una sonrisa amplia y en apariencia espontánea que acompaña sus gestos de cercanía y reducción de la distancia jerárquica con una población que también va al encuentro de ambos líderes con una sonrisa. Además de expresión de satisfacción individual y del afecto recíproco entre los **entre** Perón, Eva y el pueblo, la sonrisa fue un modo de escenificación colectiva del estado benefactor y se convirtió en el rasgo de una época, feliz y peronista. La muerte de Eva el 26 de julio de 1952, pieza clave del doble liderazgo carismático peronista, borró la sonrisa de los rostros populares y también del de Perón. Durante los 15 largos días que duró el velorio una atmósfera emocional impregnada de tristeza, dolor, rabia y tedio acompañaron la impresionante movilización popular hacia la capilla ardiente en Buenos Aires y hacia los altares simbólicos desperdigados por toda la Argentina. Las lágrimas y el llanto mostrados en público en una cobertura mediática sin precedentes fueron indisociables de las actitudes públicas del presidente Perón. Nuevamente su rostro ocupó las miradas, disparó las cámaras y agilizó las plumas oficiales y de los opositores. Me interesa detenerme brevemente en las lecturas políticas del ceño fruncido del general Perón como parte de un idioma de múltiples formas que incluía gestos corporales, expresiones verbales y reacciones faciales a las que se le atribuían, además de la capacidad de expresar sus propias emociones internas y valores morales, atributos que remitían a su capacidad de mando y a la naturaleza del gobierno que encarnaba.

Desde el 27 de julio hasta fines de agosto de 1952 diarios, revistas y cortos cinematográficos ofrecieron imágenes y crónicas de distintos ángulos de la capilla ardiente en donde además del crucifijo, los candelabros, los hombres y mujeres que rodean y custodian el féretro emplazado en el centro de la sala, habituales en los funerales de estado, sobresalen las filas de dolientes que querían «dejarle (a Eva) sus lágrimas y sus besos»⁵ y saludar al presidente.

³ GAYOL, Sandra (2023), *Una pérdida eterna: La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista*, Buenos Aires, FCE.

⁴ GENÉ, Marcela (2005), «Los rostros del General Perón, del retrato protocolar a la caricatura», *Prohistoria*, (núm. 9), pp. 83-93.

⁵ *El Líder*, 2 de agosto de 1952, p. 1.



Fig. 1. – «Velatorio de la Sra. Eva Perón en el Ministerio de Trabajo y Previsión, 8 de agosto de 1952», Archivo General de la Nación (AGN).

353



Fig. 2. – *Democracia*, 3 de agosto de 1952, p. 1 Biblioteca Nacional Mariano Moreno (BNMM).

Estas imágenes, que dialogan explícitamente con los titulares, bajadas, tipografías y epígrafes muestran a mujeres y hombres compartiendo el lenguaje de las lágrimas, aunque las mujeres además lloran sin cesar y se desmayan, y al presidente Perón que no llora nunca.

Por supuesto que, para citar una bella expresión del periódico *La Época*, «tiene el corazón estrujado» pero nunca es descrito en palabras o mostrado en imágenes con lágrimas o con los ojos húmedos. A diferencia del llanto popular «el dolor del presidente», como solían titular las publicaciones en el apartado especial que destinaron a narrar su presencia en el velorio y precisar qué hacía y con quién, porque se retiraba y para hacer qué, encontró correlato en la imagen con su ceño fruncido. Su rostro serio, ojeroso, reconcentrado —hay numerosas fotografías que lo muestran con la cabeza gacha y ensimismado— contrastaba abiertamente con aquellas representaciones que en distintos soportes habían hecho de su sonrisa, o acaso la carcajada, su gesto más frecuente. Esta marca distintiva de la cara de Perón reforzaba su dolor encarnado en su rostro adusto y en sus gestos corporales que oscilaban entre las manos entrelazadas y el abrazo paternal afectuoso y contenedor. *Democracia*, diario oficial muy próximo a la muerte, en ocasiones asocia esta última expresión gestual del presidente con la ternura de Eva que Perón recibe como herencia y que a su turno él mismo brinda al pueblo. A pesar de la ausencia física de Eva todo continuará. El presidente Perón ofrecía una respuesta emocional acorde al llanto del pueblo, a la relación que el pueblo entabló con él en tanto líder carismático y a su rango.

«En esta hora aciaga», sostendrá *Democracia*, se espera que «esté a nuestro lado, sereno, cuidadoso de no aumentar nuestra pena, ansioso de hacérsela más llevadera»⁶. También en una instancia de fuerte carga emocional cuando colocó en el pecho de Eva el escudo peronista de piedras preciosas que ella usó en vida, se espera que no lllore. Su dolor por la pérdida, inmenso se insistirá, tiene un lugar secundario en la medida que es él, y no a él, quien reconforta y consuela. El lugar simbólico del padre que Perón ocupó en el léxico peronista fue ratificado en el rito de pasaje. A partir del contacto corporal —el líder abraza, besa y parece hablarles a quienes lo saludan—; el presidente provee consuelo y contención emocional a la multitud doliente.

⁶ *Democracia*, 31 de julio de 1952.



Fig. 3. – *Democracia*, 6 de agosto de 1952, p. 3 (BNMM).

Las actitudes públicas de Perón estaban en sintonía con la educación sentimental que recibían los militares argentinos, pero también con los modelos de restricción emocional que buscaban en ese entonces alejar las lágrimas —especialmente las masculinas— del espacio público. El hombre es la razón y la voluntad y sus lágrimas son ocasionales e involuntarias. A mediados del siglo xx son un signo femenino y de debilidad para quienes ejercen el mando y es por su condición de jefe que no se espera que Perón lllore públicamente. En palabras de *Democracia*:

[...] la borrasca del dolor debe estrujarle el corazón, pero el gran Conductor [*sic*] debe serlo siempre, en los fastos y en los días sombríos de la Patria. Erguido y gigantesco [...] su grandeza conmueve a los demás y corren a sus brazos buscando su refugio⁷.

La actitud pública de Perón no dejaba posibilidad para la ambivalencia: esconde sus lágrimas en público y conserva la entereza que le permite consolar a un pueblo consternado. Con sus gestos y palabras ratificaba, solo él en esta instancia, la desigual capacidad de razón y emoción entre los sexos y entre él y el pueblo. Su actitud pública era coherente con la representación que de sí mismo se había venido construyendo, especialmente a partir de 1946. Las imágenes consolando ancianos, que además trastabillan y que

⁷ *Democracia*, 7 de agosto de 1952, p. 1.

luego serán asistidos por las enfermeras, condensa simbólicamente su función paterna, de principal guía y garante del avance eficaz e ininterrumpido de la Argentina, a pesar de la muerte de Eva.

El llanto y las lágrimas pueden expresarse en circunstancias diversas, pueden significar tristeza, aflicción, desesperación, rabia, debilidad o fuerza, y pueden ser producidos por sensaciones, recuerdos y pensamientos, así como por emociones. Entonces, dependiendo del contexto mental, social, narrativo⁸, y agrego también político, pueden significar muchas cosas. También su ausencia. En un contexto de polarización política, el antiperonismo se apropió de la congoja popular y de la semblanza seria del presidente para arremeter contra el «totalitarismo peronista»⁹. Mediante la coacción y el miedo, repiten, se obligaba a la gente a llorar y, al mismo tiempo, un Perón impenetrable y seco volvía a mostrar su perversión moral y emocional.

356

Las lloronas, figura ritual expandida en el espacio hispanoamericano, habían sido traídas de los barrios a la capilla ardiente, sostenía Ghioldi, para estimular los excesos y desbordes que siempre adosó al peronismo. El llanto desinhibido de estas mujeres derramó en «ríos de lágrimas entre las cuadras de gentes queriendo entrar»¹⁰. El contagio emocional y la imitación recíproca, lugares comunes de la reflexión política y la psicología criminal en el recambio del siglo XIX al XX, era retomado en estos escritos de la mano de Le Bon, cuyos conceptos de electrificación del público por un orador y la magnetización de un hombre o una mujer en la multitud resultaban particularmente atractivos para su concepción del peronismo. Eva era la gran llorona y simuladora, era quien producía «un sentimentalismo para convencer al sector simple y poco educado de la población»¹¹. Su muerte alentó una estampida sentimental acicateada por los dispositivos de sensibilización desplegados por el gobierno para mostrar, creía Ghioldi, «el país como si todo él estuviese postrado de rodillas ante la sombra de una mujer nada más que por ser la esposa del dictador»¹².

El contagio emocional convivía con la simulación emocional mediante el llorisqueo replicante de las plañideras de ocasión. El llanto de las lloronas era falso, como insistió durante siglos la Iglesia Católica, y despojado de toda emoción, y un comportamiento sin emoción es teatro, un cálculo a sangre fría de expresión de dolor. En los textos se lee «comedia», «drama ficticio»,

⁸ DIXON, Thomas (2015), *Weeping Britannia. Portrait of a Nation in Tears*, Oxford, Oxford University Press, p. 87.

⁹ Sobre el peronismo como totalitarismo hay una abundante literatura: GARCÍA SEBASTIANI, Marcela (2006, ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo*, Berlin, Publicaciones del Instituto iberoamericano; NALLÍM, Jorge (2014), *Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos*, Buenos Aires, Capital Intelectual.

¹⁰ BOIZARD, Ricardo (1955), *Esa noche de Perón*, Santiago de Chile, Impr. Chile, p. 87.

¹¹ MAIN, Mary (1952), *Woman with the Whip: Eva Perón*, Nueva York, Doubleday, p. 74.

¹² GHIOLDI, Américo (1952), *El Mito de Eva Duarte*, primera edición Montevideo, Compañía Impr., p. 17.

en los que el llanto, las lloronas, y las lágrimas de los asistentes se fundían y ocultaban otras emociones como la repugnancia, el tedio y el miedo causados por la muerte, por el despliegue de sus funerales y/o por el régimen que su cuerpo muerto encarnaba.

Nuevamente el presidente no llora, por razones distintas. Muy tempranamente los opositores políticos recordaron, por ejemplo, los socialistas, que detrás de la sonrisa de Perón se escondía un dictador y también el arco opositor subrayó que sus ojos solo se habrían humedecido cuando perdió el poder en 1955. Su rostro impasible ante su mujer muerta y la exhibición de su cuerpo durante tantos días era otro indicio de su carácter frío y calculador. La semblanza de Perón en la capilla ardiente y los lenguajes corporales que la acompañaron fueron escrutadas por el antiperonismo radicalizado que terminó de convencerse de la necesidad de derrocarlo. El ceño fruncido de Perón no fue expresión de una emoción interior, de su dolor, sino una máscara y un disfraz de un hombre cruel, cínico y manipulador. Su expresión imperturbable, dirán, apenas si pudo mantenerse durante estos días pues dos meses después no dudó en sacarse la máscara decretando sin pudor el fin de su duelo. Con la ironía de siempre la columna del *Créase o no* del diario de los socialistas uruguayos, *El Sol*, disparó en su edición del 23 de septiembre de 1952:

357

Al mes del fallecimiento de la esposa de Eva Perón [*sic*] en que fue obligado el pueblo argentino a ponerse de luto, el general Perón se pasea por Palermo, en un automóvil en un saco con pelo de camello y un pañuelo rojo al cuello.

Para reforzar especialmente la perversión de Perón, proseguía:

los sábados y domingos los dedica a visitar en San Isidro, (provincia de Buenos Aires), a la señora Eda Mussolini. Eda es hija del famoso Duce.

La semblanza de Perón y la aflicción del pueblo peronista no permanecieron inmunes a la conflictividad política y fueron interpretadas como expresión de fortaleza del peronismo o como ejemplo de su capacidad para hacer brotar del interior de la población sentimientos y prácticas degradantes y abyectas. Esta polarización emocional fue indisociable de la polarización política y habilitó controversias más amplias sobre los estilos y las expresiones emocionales que estimuló el peronismo en la política y en la sociedad. Un acontecimiento agónico en un contexto político también agónico ofrece una lente privilegiada para captar cómo las emociones configuraron experiencias, debates ideológicos y prácticas políticas. Integrar la dimensión emocional al análisis de las narrativas políticas de mediados del siglo xx provee herramientas para entender mejor la eficacia discursiva del antiperonismo y sus prácticas de acción política que encontraron en su discurso

emocional de entonces una herramienta significativa de legitimación. Y, también, la dimensión emocional del peronismo como clave para entender mejor las razones de su rechazo, pero también su excepcional persistencia en el espacio político argentino.